

Claremont Colleges

## Scholarship @ Claremont

---

CMC Senior Theses

CMC Student Scholarship

---

2020

### El guerrero obsidiana

Marvin P. Sarkar Bynoe  
*Claremont McKenna College*

Follow this and additional works at: [https://scholarship.claremont.edu/cmc\\_theses](https://scholarship.claremont.edu/cmc_theses)



Part of the [Africana Studies Commons](#), [Caribbean Languages and Societies Commons](#), [Fiction Commons](#), [Latin American Literature Commons](#), [Modern Languages Commons](#), [Oral History Commons](#), [Poetry Commons](#), and the [Spanish Literature Commons](#)

---

#### Recommended Citation

Sarkar Bynoe, Marvin P., "El guerrero obsidiana" (2020). *CMC Senior Theses*. 2491.  
[https://scholarship.claremont.edu/cmc\\_theses/2491](https://scholarship.claremont.edu/cmc_theses/2491)

This Open Access Senior Thesis is brought to you by Scholarship@Claremont. It has been accepted for inclusion in this collection by an authorized administrator. For more information, please contact [scholarship@cuc.claremont.edu](mailto:scholarship@cuc.claremont.edu).

El guerrero obsidiana

by

Marvin Pierce Sarkar Bynoe

Submitted to

Professor Martín Vega Olmedo

for

Claremont Mckenna College

Senior Thesis

Spring 2020

May 11, 2020

Una ofrenda a Anansi.  
Gracias por llenarme de palabras inesperadas  
y bendecirme con una familia que las nutriras.

La oración del autor

-

¡Queridas abuelas, madres, primas, hermanas  
Abuelos, padres, primos y hermanos!  
Los ancestros invoco hoy para guiarnos  
Ayudarnos a abrir viejas heridas  
Limpiar y sanarlas.

Les invoco para hacernos mejor entender,  
El terreno en que luchamos.  
Para deshacernos de historias inútiles  
Y mentiras heredadas.  
Para recordarnos que amor y odio  
Son obras hechas a mano.  
Y que, a veces,  
El nieto tiene que romper  
Lo que el abuelo salvó.

Nútreme cuando mi conocimiento sea escaso.  
Acompáñame con el latido del tambor.  
Para que todos escuchen el estruendo  
De nosotros, seres abundantes  
Bailando al mismo paso.

Haz que mis palabras sean dignas.  
Que todos sientan la alegría y el dolor  
De este mero negrito  
Cantando.

Juntos.

Que así sea.

-Cimarrón-  
por Ricardo Alonso

What an old man  
can see sitting down  
a young man  
can't see  
standing up  
Young men must climb hills in winter  
Hear me

The chain is tightest  
when the links are weakest

On the skin of the slave  
the master burnt his name  
The overseer spat on the wound  
to cool it  
The slave disappeared  
He planted his feet in the forest night  
Where moon, wind and cold wrestle  
he went to wrestle too  
He spoke to no one  
for ten years  
the stream spoke to him  
From his cave  
in the day  
he heard the howling of the master's dogs

Under the turban of night  
(He saw no one for ten years)  
He  
came down  
with a stolen machete sharp as the crescent moon  
Now a mockingbird  
sings in the master's skull

Hear me

There are no masters  
There are no slaves<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> ALONSO, RICARDO. "CIMARRÓN." *Obsidian* (1975-1982), vol. 4, no. 1, 1978, pp. 96-97. JSTOR, [www.jstor.org/stable/44491314](http://www.jstor.org/stable/44491314). Accessed 12 Feb. 2020.

¿Mesiquik?  
¡Mesiquak!

-I-

El árbol abuela parecía extenderse sin cesar hacia el cielo rojo amarillento de nuestra isla querida. Las frutas verdes se mecían en el viento fresco de las montañas hipnotizando a los niños quienes se quedaba abajo deseando lo inalcanzable. Esta noche por lo menos tendrán un cuento para hacerles olvidar el hambre.

Sentados alrededor de la fogata, los sonidos de las selvas reverberaban furiosamente llamando al oscurecer. Las patitas negras se acurrucaron en la luz rojiza emanando de los palos de aguacate y limón. Desde sus maderos asignados, los niños movieron su atención de los frutos para contemplar el movimiento jubiloso de las chispas sobre la superficie brillante de la piedra obsidiana que encabezaba la fogata. Todos estaban listos para escuchar a la anciana.

Cuando finalmente se acercaron las pisadas silenciosas de la bruja, los ojos miedosos quedaron presos a la danza de la llama hasta que las pies endurecidas detuvieron frente a la imagen conmovedora.

En ese momento, los oyentes ansiosos levantaron la mirada juntos para conocer las irises brillantes de la reina. Después de encontrar la mirada de cada espectador, ella respiró profundamente y se bajó para sentarse sobre su trono volcánico. Con gruñidos, acomodó su falda descolorida y cerró los ojos. Manteniendo los ojos cerrados, levantó las manos hacia las alturas del árbol y se quedó así por unos momentos escuchando la sinfonía del silencio silvestre antes de destapar esas esferas tristes.

Satisfecha, mirando el humo ascendiendo al cielo morado, convocó a los espíritus y dioses; "Mesiquik?" preguntó. Dominando su emoción colectiva, los jóvenes pronunciaban cuidadosamente cada silaba del contrato ancestral que acompañaba cada cuento, "!Mesiquak!"

"Bajo este mismo árbol de mango, nuestro héroe nació ya llena de cuentos. Aquí, dejó salir su primer grito, pero el grito, como toda su vida temprana, no pertenecía a él."

La madre de Ismael era una charlatana.

Cada fin de semana entraba al mercado que abrazaba la plaza central de nuestro pequeño pueblo costero. La muchedumbre negra salía cada sábado para vender los pocos alimentos que sembraban en sus jardines humildes o robaban de las propiedades vecinas. Había todo tipo de hierba, raíz, y fruto fijados sobre bolsas de yute puestos en el suelo sucio. Los vendedores vigilaban sus productos con rostros severos para disaudir comadros y las tonterías de niños atrevidos.

En el zumbido del mercado, Ágata navegaba fácilmente por las calles tomando su ruta de siempre frecuentando los vendedores con quienes hacía negocios desde su adolescencia. Cuando ella acercaba, las caras se suavizaron un poquito y se metieron las manos en las reservas ocultas para darle lo habitual más un regalito de hierbas frescas del monte. No intercambiaron comentarios amables ni chisme. Ella no venía al mercado para recoger los pocos alimentos que llevaba en la bolsa; venía al mercado para negociar un comercio más grande.

Había aprendido de el oficio de padre. De su padre, ella aprendió que la isla es generosa. Siempre da más de lo que necesitamos. Entonces, pasando por los diferentes vendedores, ella su averguó cuales productos se iban desperdiciendo y ella actuó como mediadora entre los negros simples y los comerciantes que transportaban el exceso de productos entre islas.

Y así pasaba cada visita al mercado hasta que un día una cara desconocida interrumpió su rutina. Fue por la sonrisa que ella se dio cuenta que él no era un nativo de la isla. Los demás sabían que Ágata era una mujer bastante seria y brusca y, por eso, sobresalía en el oficio de vendedora. No le tenía miedo a nadie, incluso a los marineros y mercaderes que transportaban productos y personas entre las islas de las Antillas. Hasta los más temidos la trataban con deferencia por doloroso que fuera. Entonces no esperaba encontrarse frente a una sonrisa tan brillante que cortaba el olor fétido y familiar del pescado burbujeando bajo el sol trópico.

Se llamaba Sencio y era marinero. Su barco llegó a la isla para descargar africanos y otras mercancías y él era el único negro del barco que se metió al mercado desconocido con la esperanza de ganar algo. Su sonrisa ya había vendido varios pargos colorados, pero, al ver, y oler, lo que él estaba ofreciendo, Ágata soltó una risa rara.

Así empezó la vida de nuestro héroe, con una risa inesperada.

Cada persona esclavizada lleva en el corazón el mismo deseo. Esa tarde intercambiaron el regalo del olvido. Lo hicieron sin una sola palabra ni un besito. Sencio le hacía a Ágata recordar que todavía era jovencita a pesar de su actitud y la sensatez de sus andares. Y ella le hacía a él



sentirse nervioso a pesar de que éste no era el primer mercado que había visitado en sus viajes y ésto no fue el primer regalo que había recibido por su sonrisa.

Cuando el zumbido de las calles se calmó y todas las moscas habían volado en busca de otros víveres, los dos amantes improbables nunca se volvieron a ver.

Ella solamente logró visitar cuatro mercados más en su vida. Ese sábado, contrario a su carácter calculado, Ágata regresó con más de lo que esperaba. Al ver que estaba embarazada, su señora no le dejaba viajar esas tres millas rocosas para llegar al pueblo costero. Siendo generosa, la señora no la hizo trabajar el ingenio sino que la puso a trabajar juntando caña bajo el sol del campo. El empírico informó a la señora que una mujer Nago puede seguir trabajando hasta los ocho meses de embarazo y había escuchado sobre casos en que las africanas pudieron trabajar hasta la hora de parto y todavía parir a hijos sanos.

Ágata esperaba no ser una de esas africanas desgraciadas. Ella no aguantaba la idea de regalar otra mano de obra a este mundo injusto, entonces cuando sintió que el bebé ya venía, intentó huirse a la selva y encontrar un lugar seguro para parir libremente. Sin embargo, no logró asegurar la libertad de su hijo; solamente pudo alcanzar ese viejo árbol que sobrepasaba todos los otros de la isla. Había parido a su hijo por sus puños. Mamá Miedo la encontró bajo este árbol de mango cubierta de sangre.

Juan Soto, a pesar de tener la capacidad necesaria para la crueldad, contrató a su mayoral, Quispe, para mantener la propiedad y hacer lo que había que hacer para motivar el trabajo de los africanos.

Aunque Soto traía el título de abogado, tenía más en común con los africanos que sus compañeros que vivían en ciudades civilizadas. Pues, no fue abogado real, pero todos lo llamaban así porque siempre iba apuntando algo en su librito y escribiendo cartas. Ismael estaba seguro de que su amo solamente tenía un entendimiento mínimo de la escritura y la ley, pero el bolígrafo le otorgó la confianza ciega que el oficio de amo requiere

Quispe era un hombre justo. Sabía cuántos azotes eran justificados en cada instancia. Sabía cuántos latigazos eran necesarios para disciplinar y cuántos para torturar. Era experto en calcular la edad, la insolencia, hasta la etapa del embarazo. Entonces, antes de sacar su látigo, Quispe susurraba tu número al oído y te hacía contar para que los de más escucharan sin saber cuándo terminara.

Quizás por eso no había muchos africanos que se huyeran de la propiedad de Señor Soto. Porque sentían que Quispe era un hombre justo y, cuando te dijo tu número, uno podía imaginar cierto cariño en su voz. Además, era negro cómo ellos. No pretendía ser un abogado educado pero tampoco un africano humilde como nosotros.

Cuando los jóvenes no aparecieron por uno o dos días porque estaban cortejando a las mulatas que vivían al lado del río, Quispe solamente les dio suficientes latigazos para hacerles olvidar el romance y recordar cuánto le habían costado a Soto con esa excursión de amorío. Nunca antes hubo un caso en que los adolescentes sangraran o quejaran demasiado para poder trabajar al próximo día. Quispe jamás le contó al abogado sobre las excursión las veces que fue al campo para observar a los negros laborando bajo el sol costal.

Quispe sabía que no podía estar siempre vigilando los cuarenta y seis africanos que pertenecían al pedazo de tierra situada entre las cumbres gemelas y el río turbulento. Solamente se preocupaba de los africanos recién llegados del continente, los que aún recordaban sus encarnaciones previas y deseaban trasladar los ritmos de esta nueva tierra.

A veces los africanos furibundos llegaban a la plantación luchando contra los grilletos, pero un día llegó una que mostró una paciencia inquietante. La adolescente encadenada no daba señales de una posible fuga, pero había un ardor en sus ojos que dio a entender que tampoco tenía la intención de quedarse en esta plantación ni esta isla. Aunque el mercader insistía que la joven era

una esclava dócil y trabajadora mientras Quispe asentía cada palabra fétida del hombre pálido, el capataz conocía mejor la mente africana.

De su padre, había aprendido que ni las cadenas ni el barco negrero tenían la capacidad de crear un esclavo. Había mejores tecnologías para domar al africano: el miedo y la rutina.

Recibiendo a la jovencita del mercader, Quispe ya estaba imaginando mil maneras de hacer una esclava de esta princesa africana.

Al principio, hubo encuentros nocturnos en los cuales Quispe intentaba enseñarle las reglas de su nuevo mundo y ella lo rechazaba. Todavía tenía ese brillo en los ojos. Pronto, los encuentros se trasladaron al cañaveral, pero el campo traicionó al isleño.

El barro tragó los restos afilados del trabajo azucarero para recibir las plantas tiernas de la joven. Dejándola pasar, se hundió bajo el cuero familiar de las botas perseguidores. Los brotes bailaron en el viento húmedo, ocultando el cuerpo delgado de la negrita. Otro día, el aguacero descendió furiosamente y las cañas se pusieron escurridizas bajo las manos endurecidas del mayoral. Ella logró escaparse de ese deseoso viejo, pero no hubo manera de escapar el látigo.

Resultó difícil enseñarle su número. Por las primeras dos semanas, ella fingió no entender el castellano. Ella no se estremeció cuando Quispe se inclinó para cuchichearle claramente al oído, ni cumplió con su cargo de contar los azotes. Debido a su terquedad, los castigos se extendieron hasta el oscurecer. Terminando sus tareas diarias, los negros vinieron al árbol de mango para observar la cara de la jovencita y adivinar cuándo se quebraría ese espíritu ajeno. Siempre aparecía primero en la ceja; los más experimentados podían divisar rendición por el párpadeo de los ojos.

El primer día, se arrodilló para recibir los golpes por la espalda. Esperaban pacientemente manteniendo el silencio para poder escuchar el aire escapando de los pulmones de la castigada, pero ella también mantenía el silencio. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que alguien le hizo a Quispe poner mala cara mientras éste repartía la multa.

Ambos pasaron los próximos días en recuperación.

Cuando se reunieron por segunda vez bajo el mango, el capataz había atado las muñecas delgadas de la joven con un cordón largo, el cual usó para alzarla hasta que sus pies ya no alcanzaban rasgar el suelo. Colgada por los brazos, ella solamente se retorció por unos segundos antes de aceptar su suerte. Esta vez, los latigazos llegaron por su cola. Los espectadores se maravillaron viendo cómo ella pudo aguantar los golpes sin gritar sin saber cuántos más vendrán. Unos articularon los números como una oración pidiendo que el próximo golpe fuera el último,

pero Quispe seguía. Cuando el cansancio empezó a suavizar sus golpes, los hombres espectadores ya se habían desaparecido temiendo que él les diera el látigo para continuar ese trabajo nefasto. Fueron las mujeres quienes, bajánd a la joven del árbol, vieron a Quispe retirarse con la espalda curvada a la casa principal, y se preguntaron si él había determinado la duración del castigo antes de empezar o si el enojo le hizo abandonar su cálculo original. Juntos llevaron el cuerpo flojo a la casa de la raizera.

Ni siquiera las hierbas masticadas pudieron cerrar las lesiones antes del próximo enfrentamiento. Los más grandes intentaron llevarla a trabajar en las partes más lejanas del cañaverel. Protegiéndola de los trabajos más pesados, le pusieron a recolectar las cañas que los hombres fueron cortando y ayudando a las mujeres subir los atados a la cabeza para empezar el largo camino hacia el ingenio.

Para distraerse del dolor y el trabajo lento, la princesa se dedicó a examinar el límite forestal que quedaba a unos metros de donde trabajaban. Pasó las horas imaginando los secretos podría encontrar dentro del monte y preguntándose si la montaña extranjera le ofrecerá refugio. Cuando finalmente vio la cara de Ismael mirándola, con su sonrisa traviesa medio escondida entre las hojas afiladas de la caña, sabía que él tenía lo que buscaba. El deseo de huirse.

Alrededor de la fogata.  
Cuéntame algo bonito  
Que captar el dolor  
Del guerrero obsidiana  
Y el cielo estrellado  
Perforados por el brillo  
Puntos agudos  
Penetrando  
la cobija oscura  
Que defiende mis husesos atormentados  
Chispas y estrellas  
De provistas de calor  
Fracturando los héroes  
Que me enseñaron  
El negro brillar

Ismael siempre tenía una silenciosa relación con las palabras. Mientras los bebés andaban por todos lados poniendo cualquier basura en sus bocas, Ismael simplemente aprovechaba la oportunidad de explorar la casa del amo. Agarrando las pocas riquezas ajenas que decoraban su interior, el bebé parecía reticente en saborear los artefactos. Los sostenía frente a su cara mientras abría y cerraba los labios emitiendo sonidos bajos como si estuviera hablando con ellos.

Las negras que cuidaban a Ismael lo resentían porque hacía la misma cosa con sus senos cuando llegó la hora de alimentarlo. Teniendo sus propios hijos para alimentar, ellas se enojaban cuando veían esto. Ellas escuchaban los sonidos como quejas, haciéndolas recordar que sus senos nunca podrían calmar el hambre que existía en él. Algunas, cansadas de ver los labios moviendo, lo dejaban bajo el sol brutal de la costa entre las basuras de caña y los deshechos del café por días. Él, en cambio, mantenía su silencio. Larborando los labios, esperaba hasta que otros brazos vinieran a alzarlo.

Así pasó Ismael pasó el primer año de la vida, de una espalda curvada a otra. En un momento, cada mujer había sido su madre y cada criatura su hermano, pero no tenía familia ninguna. Nadie se sentó con él para enseñarle las palabras, los números, ni sobre las hierbas. Y viendo que los cuentos son cariñitos codiciados, durante este giro, el pobrecito no logró escuchar ni un solo cuento. Mientras ellos salían para sentarse alrededor de la fogata, a Ismael lo dejaron adentro machacando las encías. Así cómo nuestro heroe entró al monte solito, entró al mundo de los cuentos creando sus propias fábulas por las cuales preservaba los pocos recuerdos heredados de su madre y la basura de la plantación.

No fue cosa fácil hacer a los otros entender el torrente que salía de su boca hambrienta. Por ser generoso, el bebé peculiar compartía todos, absolutamente todos, los cuentos con sus tías. Montado en sus espaldas, les contaba historias majestuosas y bien elaboradas al oído. Empezaba con cuentos traídos del continente, heredados de su madre, antes de pasar a los transmitidos por las amas de leche. Él intento recordarles de los cuentos que habían perdido al olvido y los que habían descartados como creación infantiles. Distraídas por los sonidos del campo, no intentaron entender su balbuceo. Ellas estaban atentas al bamboleo de los tallos de la caña, a los gritos de Quispe, al giro del cuchillo, al susurro de hojas puntiagudas, pero, más que nada, escuchaban el tambor del monte y el raspar del señor garabateando en su librito.

Después de atravesar tantos conocimientos con sílabos inesperados, el niño comenzaba a hablar la lengua bruta. Los conocimientos, por ser vocalizados, se habían incorporado al espíritu de

este joven. Se guardaban en sus huesos, y lo que no cabía en los huesos, se pintaba en sus pupilas verdes. Cuando caminaba por la tierra ajena, la gente no se levantaba para abrazar al hijito que regalaba tantas fábulas, pero la tierra sí.

Entonces, cuando el niño finalmente se cansó de contar sus creaciones a oídos ingratos, se volvió hacia la Mourne Diablotin. La primera en reconocer el potencial de nuestro heroé fue la montaña, que le nutría los sueños, prestándole todo lo que necesitaba para cumplir con ellos. Por eso, Ismael aprendió todo de un golpe sin ningún esfuerzo: los sonidos, las letras, las palabras y todo lo que nace de ellos. Un día, simplemente empezó a platicar en castellano perfecto.

El niño creció sinceramente feliz hasta los tres años, sabiendo lo que sabía, pero, cuando llegó el momento de cumplir con sus deseos, no pudo. A pesar de todo su ideación incesante, había calculado mal. Había olvidado un simple hecho: Era un esclavo, había nacido como propiedad de otro.

Aunque ese niño sabio había experimentado vidas completas, recitado su historia ancestral entera, y comprendiendo verdades que se burlaban de la visión europea antes de cumplir cuatro años, su cuerpo nunca había experimentado la libertad. Hasta en el vientre de su madre era esclavo.

Reconociendo este pequeño traspie en su camino, a los cinco años el niño simplemente decidió que no sería un buen esclavo, que sería mejor hacer algo diferente. La primera vez que intentó separarse de su vida como esclavo, el niño se encontró frente a su señora por primera vez. La sensación de esa mujer negra jalándolo por el brazo fue algo asombroso, algo que volvería a sentir muchas veces más en su camino. Cada vez que experimentaba esa sensación extrañaba el trabajo duro del campo. Ella lo llevó a esa maldita casa donde tenía sus propios cuantos escondidos y esperándolo, pero los huesos del niño aguantaban esa brutalidad.

Llegando a nuestro pueblo portuario al mediodía su cara se hundió en el calor opresivo de nuestro sol costero. Bajando del barco atrás de su esposo, ella se mantuvo callada observando los cuerpos negros que llenaron el carrete de chuchería. Ella admiraba sus movimientos poderosos y sus caras inexpresivos, pero no tenía pena de quienes estaban sometidos a la servidumbre.

Doña Esmeralda había pasado toda su vida escuchando cuentos sobre la brutalidad que llegaron a Martinica de nuestra isla. Aquí, le contaron, más africanos vivían en el monte que en la plantación. Habían logrado traer la magia del continente al nuevo mundo y por las noches la tierra reverberaba al ritmo del tambor y el sonido de la concha llegaba con cada ventarrón. Levantando la mirada hacia las montañas inminente, ella empezó a creer las fabulas y preguntarse si el sistema realmente era más frágil, manejado por la fuerza brutal y la arrogancia inherente al carácter de hombres ambicioso como su esposo.

Doña Esmeralda no entendía porque necesitaban subir una montaña para quedar a pie de otra. Trozando el camino lodoso, el carrete empezó a ascender hacia las montañas. Ella sabía que, desde un lado del camino, los isleños se burlaban de los extranjeros que pretendían traerles ser negros civilizados. Durante el viaje, sentía que la inmensa vegetación de la selva la sofocaba, mientras que las copas de los árboles se cernían sobre sus cabezas.

Mirando los ojos que le miraban y los cuchillos que dejaron de oscilar cuando pasaron, el miedo agarró a la extranjera. Andando con manos vacías, ella se preguntó si su esposo se dio cuenta de los filos que les rodeaban.

Cuando Ismael vio a la Doña Esmeralda por primera vez, él identificó el incertidumbre en su rostro de inmediato. A pesar de ser protegidas por una sombrilla simple y las copas de los árboles masivos, sus mejillas pendían en el calor. El viaje por caminos montañosos había creado un hundimiento completo de su cara caoba.

Llegando finalmente a la propiedad, Ismael fue la primera persona que la pareja encontró. Con esa curiosidad insaciable, el niño se comía con los ojos a los negros libertos. Doña Esmeralda llevaba un vestido rosado que acentuaba su piel ocre oscuro. A Ismael, parecía ser viejita, pero, en realidad tenía veinte años y, a pesar de ser una mujer robusta, tenía cierta elegancia notable.

Perturbado por el atrevimiento del joven, Soto lo mandó a buscar a Quispe y anunciar su llegada. Esperando otra ojeada, el niño dio vuelta y desapareció en la verdor sin decir una sola palabra.



Aunque no pudo identificar al niño mulato entre los cuarenta y algo esclavos reunidos frente a la casa para dar la bienvenida a sus amos, la señora no dejaba de pensar en sus ojos verdes y penetrantes. Entonces, esa noche rompió su silencio para pedir un regalito especial de su esposo para suavizar la mudanza.

\*\*\*

La esposa de Señor Soto era una mujer extraña. Él no entendía por qué ella había pedido su presencia en la casa de amo. No entendía por qué ella le miró en los ojos y le contaba cuentos de su infancia. No entendía por qué ella no quiso abandonarlo como sus otras madres. No entendía por qué tenía manos tan suaves ni por qué nunca le pegaron. Más que nada, no entendía por qué ella le trataba con tanta delicadeza.

Las pesadillas llegaron a la señora en su primera noche en la isla y se despertaba rasguñando la piel de su estomago. Exhausto por el peso de su nuevo cargo, su esposo no se despertaba para ser testigo a estos episodios y la señora inventó un pretexto para dormirse en otro cuarto. Poco dispuesta a levantarse de la cama, la señora pasaba días enteras en la cama solamente saliendo la cama para gritarles a las criadas que venían a la puerta para ofrecerla comida.

Viviendo en la casa con ellos, Ismael tenía el trabajo de limpiar los dos cuartos principales, sacar los orinales y ayudar las criadas con cualquier cosa que necesitaban. Ismael, siendo el único criatura que trabajaba en la casa, fue mandado a servir la señora caprichosa cuando las criadas se rendieron.

Entrando al cuarto sin tocar la puerta, el niño cumplió con su trabajo silenciosamente como siempre. Sorprendida por su imprudencia y encantada por sus mejillas redondas, ella ni siquiera pensó en regañar a Ismael por la invasión. Se acostumbró a tener el jovencito en su espacio, pero no excedía el privilegio a ninguna de las negras que trabajaban en la casa. Así Ismael se convirtió en sirviente personal de la señora y ella demandó que le prepararan una cama en su cuarto principal para ayudarla si necesitaba algo en la noche. Aliviado de saber que su esposa estaba satisfecha, Señor Soto no preguntó ni quejó sobre la situación. La verdad era que la presencia del joven calmaba su susto.

Durante el primer año viviendo en el cuarto, Ismael escapaba por la ventana cada noche, bajando el limonero. La señora le miraba bajar cada vez y nunca dijo nada. Ella se quedó despierta preguntándose dónde el muchacho miedoso iba en la oscuridad. A veces, se levantaba de la cama para mirar a Ismael caminando hacia la selva y desapareciendo. Ella no esperaba para verle salir

porque sabía que siempre fueron cortos viajes y no quería que la viera. Así, ella no sentira la obligación de castigarlo.

Sobre todo, la señora adoraba los regalitos que el niño traía del monte cuando regresaba. Recitaba relatos majestuosos mientras dormía y la señora escuchaba hasta someterse al sueño. Las narraciones de Ismael lograron vencer a sus pesadillas y dejó de despertarse con sangre bajo las uñas. Mientras pasaron las semanas, ella empezó a amanecerse con una sonrisa le preguntaba en broma: “Y tú, Ismael, ¿cómo amaneciste?” Él no respondió, pero, cada amanecer, esos ojos le daban la bienvenida a un nuevo día.

Mientras pasaba el tiempo, Ismael empezó a aceptar el cariño de su ama y ella empezó a salir de su cuarto más y más, siempre con Ismael a su lado.

Por los próximos ocho años, Ismael vivía en esa casa cumpliendo el papel de perrito faldero. La señora exigió que Ismael fuera a todas partes con ella. Casi no salía de la propiedad, pero Ismael la acompañaba en su proyecto de crear un jardín de flores tropicales.

A los diez años, la vida de Ismael había cambiado por completo. Doña Esmeralda ya le estaba enseñando sobre la escritura con el pretexto de prepararlo para ser el mayoral de la propiedad cuando ella y su esposo se trasladaran a Francia. Él aprendía rápido, y pronto su conocimiento de letras sobrepasó el de la señora y del Señor Soto también.

Para los once años, Ismael ya escribía todas las cartas que Doña Esmeralda enviaba a sus pocos parientes letrados en Martinica. Disfrutando del acto de creación, el joven travieso a menudo le daba una voz poética a las palabras simples de la señora. Así, los cuentos se trasladaron de sus sueños al papel y dejó de recitarlos por las noches. Ya no se escapaba por la ventana cada noche. Pasaba toda la noche pensando en repuestas inesperadas para la pregunta inevitable del amanecer.

A los trece años, el poeta adolescente deseaba un cambio. Delgado y potente a pesar de su pereza, Ismael empezó a conducirse como hombre. Entretenido por este cambio, la señora dejó de mantenerle a su lado y lo enviaba al mercado cada sábado para buscar flores para su jardín y cualquier otra cosita que ella quería. Y cada sábado por la noche él le preparaba un té de jengibre y le mostraba todas las plantas extravagantes que había encontrado. Mirando al jardín desde el balcón, Ismael señaló las nuevas plantas enseñando los nombres a Doña Esmeralda mientras ella daba sorbos de su té. Malinterpretando el gesto del joven fingiendo madurez, en los encuentros del balcón, la señora empezó a interesarse en él que el jardín.

Una noche después de terminar su pancito, Ismael le ofreció a la señora su brazo para acompañarla al balcón. Ya no compartían el cuarto. Como hombre, Ismael se había trasladado al

cuarto pequeño donde los otros criados dormían, pero, al llegar al dormitorio de la señora, ella lo invitó a entrar y sentarse con ella en la cama.

Esa noche Ismael aprendió los peligros de ser hombre y echaba de menos la impotencia de la niñez. Mantuvo los ojos fijos en la ventana mientras las manos torpes de la señora recorrían su cuerpo. Comenzando esa noche, Ismael solamente soñaba con la fuga y cada mañana se despertaba preguntándose a sí mismo cómo lograrlo. Cada mañana amaneció con miedo.

Aunque el verde desapareció de los ojos joven, el hombre con ojos de miel no dejaba de soñar. Los sueños no le brindaban esa sensación elusiva de antes, las visiones dibujadas en colores vibrantes siempre llevaban un mensaje que él no quería descifrar.

Él aprendió a detestar a su señora. sus dedos delgados cuales le tocaron en lugares inesperados.

Selva utópica.  
Ella andaba detrás de ti  
Y tú,  
¿A quién seguiste?

¿Escuchaste las huellas del tambor  
O las olas de la concha?  
¿Corriste hacia el hermano perdido  
O huiste del grito del trapiche?

¿Sentiste su mano en la tuya?  
Ahogando en el agua azucarado  
De ojos turbidos  
Náufrago

Hambrientando  
Arañando  
Para respirar  
El aire puro

Oscuro  
Bajo la sombra  
Salvaje  
Del monte

Guiando a la princesa entre las sombras de los árboles, Ismael no pudo dejar de pensar en la primera noche en que él había escapado para explorar la selva. La llevaba a ese mismo árbol donde había encontrado la fruta que cambiaría su vida. Había intentado explicárselo a ella, pero todavía no sabía hablar el castellano. Él tampoco podía comunicar el toque porque tenía miedo que su caricia ligera con sus manos suaves imitara la de Doña Esmeralda. Entonces, ellos solamente se comunicaban con la mirada. Por suerte, bajo la luz de la luna llena, podían ver todo y navegar fácilmente sin fuego. El silencio silvestre era indomitable. Ismael intentaba escuchar el susurro de las hojas atentamente, pero todos los sonidos se mezclaban con el latido fuerte de su corazón.

En cierto momento, la princesa le había dejado agarrarle la mano. Aunque la piel de su mano se sentía mucho más suave de lo que anticipaba, podía detectar ese miedo persistente que él guardaba. Tener su mano en la suya le hizo sentir como un hombre propio. Mientras se acercaban más al árbol sagrado, Ismael le agrarraba más fuerte. Ella no se resistió.

Al llegar al árbol, Ismael empezó a subir por las ramas como un gatito persiguiendo a las estrellas otra vez. Mirándolo con curiosidad por un momento, la princesa comenzó su ascensión aparentemente impávida ante el dolor de las heridas infladas de su espalda. Su cuerpo huesudo se movía con una confianza admirable. No tenía ninguna incertidumbre en explorar este nuevo mundo, empezando con este árbol ajeno.

Cuando finalmente llegó a la misma altura que Ismael estaba sentado, ella escogió una rama a lado de la suya y se encontró frente a la sonrisa alegre de su guía. La luz reflejada en sus ojos le hizo a Ismael recordar cuánto amaba la luna llena. La princesa nunca dormía la noche de una luz llena. Pues, no podía. La luz que entraba por cada huequito le hacía la sangre hervir y llenaba su cabeza con pensamientos incontrolables. La única manera de calmarse era vagabundear hasta encontrar una piedra grande sobre la cual acostarse y apreciar el giro de las estrellas por su alrededor.

Ismael se movió para sentarse con su espalda apoyada en el tronco sólido del árbol. En su rama aparte, la princesa hizo lo mismo. Desde donde estaban, podían ver toda la costa y hasta identificar algunas luces parpadeantes llegando desde la isla vecina, pero Ismael miraba hacia otra dirección. La inmensidad de la vegetación enmarañada seguía siendo amenazadora a pesar de la luz

de la luna. La montaña impenetrable parecía tragar toda la luz y escupir oscuridad. Ismael quería saber qué estaba escondido en las entrañas de esa oscuridad que se había olvidado de las estrellas. Sólo agradeció a la luna por dejarlo ver la selva mejor.

Perpleja, ella cazó sus ojos esperando ver su sonrisa otra vez, pero estaba perdido.

En los primeros años que Ismael visitaba ese árbol, le encantaba mirar las estrellas brillantes que surgían del negro total del cielo. Algunas noches estaba seguro que el cielo curvaba para abrazarle. Después de escapar por la ventana, siempre venía al árbol para saludar a sus compañeros celestiales.

Cada noche que estaba atrapado en la cama con la señora, se preguntaba si las estrellas lo estaban esperando, pero al salir para orinar, ya se había huido. Ansiaba verlas, pero la señora lo llamaba a su cama casi cada noche. Había noches en las cuales ella entretenía a su esposo y Ismael en la misma noche. El Señor Soto se había puesto más y más salvaje en sus encuentros con la señora. Él estaba determinado a convertir su pequeña propiedad en algo respetado por los otros propietarios de la isla pequeña, pero ahora andaba por todos lados llevando sus botes de trabajo.

Cuando Ismael finalmente llegó a subirse al árbol otra vez para fijar las estrellas en toda su grandeza, éstas ya había perdido su brillo. Parecían manchitas borrosas en la distancia, formando adornos que él no podía descifrar. Por eso, Ismael empezó a leer los espacios entre las estrellas. La negritud enmarcada por los puntos brillantes bailaba por el cielo y se convertía un peregrino rumbeando sin destino y sin bulto. Dependiendo de cómo se sentía Ismael, se transformaba en diferentes animales y aves para contarle secretos de la isla.

Ahora, Ismael se había cansado de las historias astrales. Las copas de los árboles no movían en la oscuridad ni pretendían apaciguar al joven con cuentos consoladores. La selva ahora presentaba una realidad severa, pero, al menos era una realidad.

Mirando las estrellas, no sabía si estaba imaginando las figuras que surgían desde la oscuridad profunda. Estaba seguro de que no eran los dioses africanos de los cuales había escuchado, pero a veces encontraba una mujer elegante dando vueltas por la cima de la montaña y pasando por encima de la superficie del océano e imaginaba que era su madre visitándolo.

Perdido en sus propios pensamientos, Ismael casi se olvidó de que estaba sentado al lado de la princesa. Ella parecía incómoda sentada en su rama delgada, sosteniéndose con sus brazos relucientes para no rascar su heridas contra el tronco del árbol. A pesar de su incomodidad, una expresión contenta suavizaba las líneas duras de su frente.

Ella sentía los ojos de Ismael sobre su cuerpo, pero no le daba la satisfacción de devolverle la mirada.

Mientras Ismael estaba adentro de la cueva misteriosa con el brujo, la princesa exploraba el monte que la rodeaba. Ya se estaba poniendo fría bajo la sombra de los diversos árboles plantados alrededor del refugio y quería sentir el sol sobre su piel. De hecho, ella estaba muy feliz por la oportunidad de examinar las plantas del monte bajo la luz del sol. Ella se mareaba caminando por la plantación de caña. Sólo había unos angostos caminos que dividían el cañaveral, entonces tenía que navegar entre los troncos empapados.

Los que ya conocían bien la plantación podían identificar fácilmente la red de senderos imperceptibles que conectaba la propiedad. Había varias ocasiones en las cuales la princesa dejaba su trabajo antes del oscurecer mientras los hombres se sentaban para tomar ron barato mezclado con agua del río. Caminando rápido entre los tallos para poder aventajar el descenso del sol, la princesa siempre miraba hacia el monte estoica para orientarse dándole la espalda al océano que le había traicionado. Y, a pesar de su prisa, por alguna brujería los hombres medio borrachos siempre llegaban antes de ella a la pequeña colección de bohíos.

Cuando ellos llegaban, las mujeres ya les habían preparado la comidita antes plantarse fuera de sus casas esperando el chisme cotidiano. Las casas humildes de los negros se habían construido precipitadamente. Viniendo desde del campo, las estructuras formaron una línea curva que serpenteaba marcando el borde entre la civilización y el monte. Las mujeres, cada quien desde su propio portal, gritaban entre sí, a veces entre bocados de arroz y plátano, en vez de sentarse alrededor de la fogata, situada a unos pasos atrás de las casas en un espacio abierto entre las árboles.

Las negras solamente visitaban la fogata cuando había una celebración, un nacimiento, quizás una muerte o una ceremonia que los hombres inventaban para sentirse más cercanos a los ancestros. De vez en cuando, había música también. El ritmo hacía que esas pisadas penosamente lentas se convirtieran en pasos apasionados, livianas e incomprensibles. Volviendo al trabajo el próximo día, los pasos de las mujeres parecían hasta más pesados. La princesa reconocía el ritmo. Había una eficiencia en sus movimientos, una precisión natural que le hacía creer que ellas habían aprendido a caminar de la misma manera que su madre. Espaldas rectas, cargando bultos sobre la cabeza, caminado suavemente sin mirar al suelo. O quizás caminando con el grupo de encadenados con sus pasos medidos.

Deambulando por el monte, el cuerpo de la princesa se sentía flojo y sus pasos salvajes la propulsaron hacia una destinación desconocida. Parando de vez en cuando para observar mejor



una planta que le hacía recordar de su patria y la distancia que había viajado. Ella disfrutaba conversar con el monte sola. Estaba agradecida a Ismael por haberlas presentado la una a la otra, pero, por no entender su idioma, Ismael siempre pensaba que su acto de tocar la planta era una pregunta en vez de una enseñanza. Escuchando el sonido del agua corriente, se preguntaba qué hacían los hombres solitos en la cueva. Quizás Ismael finalmente encontraría la respuesta que buscaba cada noche que pasaba bajo las estrellas.

La princesa seguía el borboteo que se hacía cada vez más fuerte hasta llegar a una quebrada. Metiendo un pie en el agua fríasima, fue seducido por la posibilidad de entumecer sus pies cansados, sus piernas firmes, su barriga tierna. Acostada en el flujo de agua, todo se perdió en el sonido estruendoso del agua. Con las orejas bajo del agua, sus ojos admiraron las sobras de luz que lograron penetrar la capa verde de arboles viejos abrazando para caer sobre su cuerpo sumergido. Cuando ya no podía aguantar el ardor del agua fría se levantó lentamente. Sus harapos mojados se aferraban a su piel dando forma a nuevas topografías sobre su cuerpo maltratado. Con mucha dificultad, removió la ropa pesada y la tiró sobre una piedra a la orilla de la quebrada.

Saliendo del agua, se acostó sobre el tejido de hojas que cubría el suelo. La tierra tierna acariciaba su espalada cicatrizada. Se dio cuenta del jadeo de su pecho. Fue la primera vez en mucho tiempo que la princesa se permitió el placer de respirar profundamente. Y poco a poco, con cada inhalación, la sensación regresó mientras los pequeños granos de luz jugaban entre las gotitas apegadas a su desnudez.

“Cierra los ojos,” la voz suave de Balata no era tan juguetona como su cara. Las manos del anciano se sentían pesadas sobre el pecho de Ismael. El joven no sabía si el calor que sentía radiando por todo su cuerpo fue por la ansiedad o si resultaba del toque del hombre.

Ismael no sabía cómo recibir el toque.

La primera cosa que Ismael encontró fue la oscuridad. No era la oscuridad de la cueva ni la que existía detrás de sus párpados. Tenía una textura completamente diferente. Movía de manera distinta, juguetona como la sonrisa del brujo. Ansiosa por explorar esta nueva oscuridad, Ismael estaba esforzando sus ojos cerrados para poder descifrar su nuevo ambiente.

“Relájate,” dijo la voz suave penetraba los pensamientos del joven sin espantarlo. Todavía sentía las manos radiantes sostenidas arriba de su cara.

Ismael no sabía cómo recibir el toque del anciano ni cómo interpretar su mandato, pero esa sola palabra había partido la oscuridad revelando raíces. Ismael ni siquiera podía ver el tronco del árbol sostenido por las raíces majestuosas, raíces que formaban un portal para acceder a una oscuridad todavía más profunda.

Llegando al corazón del árbol, Ismael sentía el calor del árbol fluía dentro de su propio cuerpo. Ahora, no se daba cuenta de la oscuridad. Estaba más concentrado en las posibilidades que ese espacio ofreciera. La posibilidad de conjurar. De resucitar recuerdos para distorsionarlos.

Ismael siempre había soñado con salir de su cuerpo. Los domingos después de ir al mercado, Ismael sentaba en el balcón de la señora y miraba hacia el cielo. Unos días estaba convencido que el secreto de su libertad quedaba allí escondido en esa inmensidad azul. Siempre le había gustado contemplar el cielo. Mas que nada, le gustaba enfocarse en los puntos donde las ramas más altas parecían conversar con lo inalcanzable. Ismael aprendió que, si uno mira el cielo por suficiente tiempo, puede ver un movimiento sutil naciendo del cielo descubierto. A él le gustaba pensar que lo que se movía eran los dioses africanos de los cuales siempre hablaban los bozales.

Por eso, Ismael siempre quería elevarse más. Hasta, de niño, le gustaba escalar las estructuras inestables donde vivían los negros y pararse en los techos con los brazos extendidos pidiendo que los dioses lo rescataran. Había pasado mucho tiempo desde que Ismael se había extendido sus oraciones o sus brazos hacia ellos. Pero, examinando el ambiente detrás de sus ojos cerrados, estimulado por el toque del brujo, se dio cuenta de que existía ese mismo movimiento.

El hombre apareció sin sonido y sin luz. No llevaba nada. No decía nada. Simplemente tenía una vela y empezó a subir las escaleras que enroscaban al árbol. Ismael siempre imaginaba a su padre así. Fuerte y callado. Se movía como una nube atravesando el cielo, en un movimiento fluido sin esfuerzo.

Siguiendo al hombre, Ismael se preguntaba si él simplemente estaba imaginándolo todo. Estaba seguro de que manejaba cierto control, pero no podía anticipar las imágenes que nacían mientras los dos ascendían al árbol. Imágenes ajenas con texturas familiares. Llegando a un pasillo iluminado.

Se acercaba a la casa modesta del dueño envuelto en una oscuridad profunda, regalo de la luna nueva. Caminaba agachado entre las hojas grandes del banano que abundaban en esta tierra. Cuando llegaba a terraza amarillada, dobló hacia la izquierda para llegar al gran limonero que protegía esa piel trigueña del sol feroz. Puso su mano sobre el tronco grueso saludándolo y de inmediato empezó a escalar las ramas vacilantes. Al niño no le importaba que no podía ver cuál rama alcanzaba. Sólo siguió subiendo ágilmente hasta llegar a la ventana abierta.

Despidiéndose de las hojas, entró al pasillo estrecho entre los dormitorios. Uriel estaba roncando suavemente frente a la puerta del cuarto principal con sus ojos medio abiertos. Intuyendo la razón de la fuga de Ismael, Señor Soto compró Uriel para frustrar cualquier intento por Ismael de arrancar venganza de la señora por la violación. Hace décadas, le habían castrado por ceder un beso a la hija traviesa de su amo anterior. Tenía catorce años. Y después de esa experiencia, dejó de creer en la noción de honor; ahora, solamente creía en la sobrevivencia. Por eso, su nuevo amo confiaba en sus ojos sabios para vigilar la casa cada noche.

Ismael lo había visto varias veces cuando bajaba del monte para robar comida y aplastar las flores del jardín tropical. A él le daba miedo estar tan cerca al cuerpo mutilado del hombre dormido, pero tenía una curiosidad insaciable. Perduró un momento registrando la cara endurecida del anciano en reposo antes de abrir la puerta y pasar al cuarto principal a hurtadillas.

“Por qué nos maltratas?” preguntó silenciosamente mientras ponía su pequeña mano sobre la garganta de la mujer robusta. No quiso matarla esa noche, sino interrogarla. El toque suave del negrito ni siquiera hizo que ella se despertara, pero su semblante se puso intranquilo.

Abriendo los ojos, Doña Esmeralda quedó paralizado al ver al niño con las manos alumbradas sobre su garganta, emitiendo una pulsa suave de color verde. Cuando sintió el calor y sensación de hormigueo regresaron a sus dedos, contuvo la respiración y cerró los ojos intentando escapar el sueño. Pero al cerrarlos, ella se convirtió en náufrago otra vez, navegaba por el agua

sangriento con los ojos abiertos. Ahogando en la incertidumbre, ella presenció el niño reclamando todos los cuentos que él le había regalado. Uno por uno, removió esos tesoros enterrados que la protegieron de las pesadillas. Tratando de defenderse, las manos suaves brotaron de la oscuridad intentando agarrarlos de Ismael, pero, cargando todos sus conocimientos, el niño logró encontrar la ventana por la última vez.

Superando el asombro, Doña Esmeralda gritó despertando su guardián, pero cuando el viejo esclavo entró ella retorciéndose bajo las sabanas manchadas con sangre. Después de examinar todos los rincones del cuarto y el balcón, se dio cuenta que ella estaba solita, sufriendo de una alucinación.

Tres pasos.  
No sé dónde perdí mi pueblo  
Subo a la montaña  
Para preguntar al ciego

Seguro él sabrá mejor  
Que el capitán del barco  
Quien mide el mundo  
En cuerpos negros  
Por cuánto espacio ocuparán  
En la oscuridad de su carguero

¿Podría yo cruzar sin volar?  
¿Sin barco? ¿Sin miedo?

Quiero en tres pasos pasar  
Pero no puedo  
No puedo ir por la tierra  
Y en el cielo me pierdo

No hay ángeles le contó el sabio  
Pero sí hay demonio, claro

Poniéndose su vestido humilde de nuevo, la princesa pensaba en las noches en que escapaba de la plantación mano en mano con Ismael. El joven había robado una cobija manchada de la casa de amo para tirarla en el piso. Él se movía en el mundo de manera tímida como si no confiara en que las piernas lo soportaran, como si le apenara tener que interactuar con lo material, pero, a pesar de todo, ella detectó la emoción en sus ojos cuando llegó para recogerla con una bolsa llena de frutas que ella nunca había probado. Frutas silvestres.

En esos momentos, la princesa dejó una sonrisa infantil escapar su faz africana. Se preguntaba si esa emoción que detectaba simplemente eran sus propias esperanzas reflejadas en sus ojos brillantes. Los ojos que parecían estar atrapados en la sombra que era su cuerpo. Ya caminando de regreso a la cueva, pensando en Ismael y esos ojos que eran la única cosa que ella podía imaginar. Ojos de miel.

En esas noches que pasaron juntos, ella se esforzaba para encontrar el deseo escondido en esos ojos majestuosos, pero no lo logró. Poniendo sus manos sobre su cuerpo delgado, ella tampoco sabía si sentía deseo. Solamente se abrazaban hasta que la humedad empapaba la cobija. Ahora, ella deseaba no haber pensado en aquellas cosas insignificantes. Deseaba que Ismael hubiera visto su cuerpo desnudo por la primera vez bajo ese árbol y la luz azul de la luna llena en vez de la luz rojiza del atardecer iluminando el cañaveral.

Había muchos días en los cuales Ismael simplemente aparecía, su cuerpo delgado erecto entre los tallos imponentes. Aunque no aparecía cada tarde, la princesa se sentía más cómoda pasando cuidadosamente por las hojas afiladas de la caña sabiendo que si se esforzaba mucho podía conjurar su protector.

Un día, ya mientras ella navegaba por las cañas apareció una figura negra, pero ésta era diferente. Más siniestro, meciéndose como las hojas en el viento suave. Se vislumbraba un cuerpo curvado, marchitado por el sol tropical. Unos ojos velados en la oscuridad revelaron su borrachera. Y su deseo. Sus intenciones escritas plenamente en su postura, confidente y cautelosa. Y las otras dos figuras que emergieron de la caña, esta vez detrás de ella, tampoco fueron las de su protector.

Ella no se esforzaba contra las manos poderosas que la agarraban. En su corta vida había visto este escenario tantas veces. El miedo exasperante que invadía los cuerpos de esas mujeres. La esperanza de la pelea transformándose en un odio quieto y abrasador que se asentaba en las cejas. Ella no quería batallar así. Tampoco quería gritar por ayuda; ella sabía que todos sabían lo que pasaba y no quería ser la persona que rompiera el silencio. Mejor escapar momentáneamente de un

cuerpo que realmente nunca le pertenecía a ella y dejar que las nubes peregrinas que atravesaban el cielo engañoso la llevaran. Pero, esta vez, antes de despedirse, pensó en Ismael y su cuerpo abrazándola.

Y de repente allí estaba parado, paralizado ante esa escena violenta. Vio rastros verdes esos ojos de miel; huellas la inmadurez revelado por el miedo. Parado atrás del triángulo de agresores, la princesa era la única que dio cuenta de la presencia de Ismael. Ella fue la única que lo vio conteniendo con la parálisis en su cuerpo y inhalando profundamente antes de levantar el cuchillo que uno de los hombres había dejado en el suelo.

Él manejaba el cuchillo que había levantado del suelo con una facilidad que sorprendió tanto a la princesa como a el primer punto del triángulo, el hombre a la derecha de la princesa intentando animarse para seguir a su compañero. Apuntando hacia la garganta, el cuchillo golpeó poderosamente. En un movimiento fluido, Ismael sacó el metal agresivamente del cuello del primero, hundiéndolo en la espalda del hombre imponiéndose sobre la princesa.

Viendo el punto oxidado salir del pecho del hombre que retrocedía por el dolor, la tercera figura desapareció entre las cañas tan rápido como había aparecido y la princesa se preguntaba si él la quería matar también. Poniendo un pie sobre el cuerpo que se retorcía de dolor sobre el suelo, Ismael arrancó el cuchillo de su cuerpo, arrodillándose y levantando la cabeza de su víctima para abrirle el cuello en un solo movimiento. Parado con los músculos tensados, se aseguró de que ambos estaban muertos antes de desaparecer otra vez en el cañaveral buscando al agresor que seguramente había escapado, dejando así a la princesa sola entre las hojas húmedas y amarillentas.

Su ausencia duró un largo rato, pero regresó con una bolsa de comida y algunas otras necesidades. Llegando a ella nuevamente, le miró fijamente a los ojos antes de voltearse y empezar su trayecto hacia Mont Diablotin. Ella lo siguió. La oscuridad ya había descendido y los dos peregrinos mantuvieron el silencio solemne mientras caminaban.

Hasta ahora, la princesa no podía dejar de pensar en la agilidad con la cual Ismael movió el cuchillo. Con los movimientos medidos, su imagen de él había transformado completamente en la mente de la princesa. Siendo testigo a su brutalidad, ella conoció la potencia de sus manos suaves. Ella sabía que él no quería hacerlo; había visto la duda pintada en su rostro mientras decidía si iba a intervenir o retirarse. Retirarse a la selva, retirarse y nunca volver.

Pero la había traído con él en vez de dejarla ese campo desolado. Ahora, él había desaparecido adentro de la cueva y no estaba segura si reconocerá el hombre que emergerá.

Cuando llegó a la boca de la guarida, ya se estaba poniendo frío y ella escuchaba los espíritus empezando a susurrar en el viento.



Ismael se dio cuenta de que su hambre había crecido durante los dos meses que pasaba viviendo en el monte. La cueva lo había encontrado una de sus primeras noches en la selva y el anciano lo recibió como recibía todos los visitantes, con manos poderosas y visiones de la negrura. Ayudó a Ismael recuperar lo que la señora había robado y la gratitud del joven le mantuvo cerca de la cueva.

Le encantaba buscar por el monte las hierbas que él pedía y traerle frutas silvestres. Pasaba esos ratos probando lo que iba recogiendo y guardando lo mejor para el viejo cimarrón. Aunque hacía visitas frecuentes a su viejo hogar para robar comida, Ismael se sentía fuerte comiendo del monte, trepando los arboles para alcanzar los bocadillos dulces y bañándose en el agua fría del río. Lo que le daba vergüenza era comer frente a Balata.

Por la tarde cuando se iba oscureciendo, Ismael regresó con su colección de frutas silvestres, dejándolas a los pies de Balata, quien estaba sentado en la apertura de la cueva admirando su pequeño jardín. Fue una de las pocas veces en que él plenamente la cara suave y los ojos abiertos del cimarrón. Al joven le parecía que al hombre no le daba nada de satisfacción comer, pero la comida era una ofrenda. Una negociación. Ismael quería aprovechar de su lucidez para preguntarle sobre los secretos de la selva y el arte de curar.

Poco a poco, Ismael fue aprendiendo cómo conversar con el anciano, cómo exhumar cuentos y sacar a la luz los espíritus cuya ira se contrastaba con la quietud de su cuerpo castigado por la soledad. Convocaba cuentos que el joven había escuchado toda su vida, dándolos nueva vida con su risa seca y contándolos como si fuera testigo de todos los acontecimientos de Wai'tukubli. Su voz se hizo más y más fuerte mientras hablaba hasta detenerse de repente. Al terminar, el anciano secó las lagrimas que se acumulaban en los contornos de sus ojeras profundas para caer al suelo.

Había muchas noches en que, por su entusiasmo, Ismael le dejaba ahogarse en la memoria.

En ocasiones sufrían silencios insondables, pero el hombre nunca se enojaba con Ismael. Simplemente, se callaba y seguía masticando, contemplando el cielo en vez de admirar sus hierbas. En esos momentos, el joven también se refugiaba en la memoria, pensando siempre en su princesa. Y así pasaron las noches. Náufragos entregándose a la oscuridad que descendía por toda la isla.

Silencios vastos separaban los dos en esos momentos íntimos. Ismael no se acostumbraba a la manera en que el anciano masticaba su cena modesta, pero, si no fuera por ese sonido insoportable, quizás Ismael nunca se habría atrevido a hacer su primera pregunta.

“Balata, ¿cómo llegaste a vivir aquí?”

Sonriendo como si fuera esperando la pregunta, el anciano le respondió con otra. “¿En esta cueva?”

“Naciste en esta isla?”

“Pues, nacimos juntos. Yo y mi hermano. En el viejo barracón que queda ahí por el mercado. Nunca lo conocí, pero mi madre siempre hablaba de él. Hasta me llamaba por su nombre cuando empezó a perder su memoria.”

“¿Y que pasó con tu hermano?”

“Lo robaron de los brazos de mi madre cuando nos estaban transportando a nuestro dueño.”

“¿Quién lo robó?”

“Todos tenemos nuestro camino. Algunos pertenecen al monte, otros al mar, otros...ay pues, tú ya sabes. Entonces, el monte llamó y los cimarrones vinieron a recogerlo. Seguro que lo tomaron para reemplazar a un hijo que habían perdido. No es fácil sobrevivir aquí, especialmente para un niño.”

“Y tú, ¿adónde fuiste?”

“Al mismo lugar donde todos los que no pertenecen al monte ni el mar ni el cielo van para esperar. No había tantos ingenios en el interior en ese tiempo. La isla pertenecía a los kalinago y los negros bozales. Nosotros teníamos que trabajar por la costa donde el sol es más fuerte. Uno pasaba todo el día sudando y soñando con la sombra.”

Escuchar sobre el trabajo de campo siempre incomodaba a Ismael. Encerrado con la señora, nunca había experimentado esa vida y escuchar de ella le hacía sentir mimado. “Pero, lograste escapar.”

“Claro. Logré escapar varias veces. Empecé a los doce años, buscando mi hermano para regresárselo a mi madre. Ella lloraba todas las noches en secreto, pero yo sabía que lloraba por él. Le rogué huirse conmigo, pero las lágrimas le habían quitado la fuerza. Yo esperaba regresar con él para poder escapar todos juntos.”

Ismael mantenía el silencio. La luz casi se acababa y el anciano bajó los ojos mientras masajeaba sus dedos gruesos. Escuchando el sonido de su piel, Ismael se dio cuenta de la edad del hombre. Sin duda Balata era el negro más viejo que había visto en su vida. Se preguntó qué precio habría pagado el hombre para demorar la muerte.

“El dueño tenía tres perros en ese momento que usaba para cazar a los que se huían y. A esos perros les encantaba el sabor de la sangre. La primera vez que intenté escapar fue durante una

tempestad porque el caballo del dueño le tenía miedo a los truenos y las bestias perdían el sentido de olor con la lluvia. Pasé varios días metido en el monte sin agua ni dirección hasta de que los otros negros de la plantación me encontraron. Los más viejos siempre se enojaban mucho cuando un joven intentaba huirse. Ellos me castigaron tanto antes de devolverme a la propiedad que ni siquiera el dueño me quería tocar. Quizás lo hicieron para protegerme. De todos modos, ellos pensaban que uno tenía que aprender porque si no aprendía, los demás iban a sufrir.

“Por suerte, yo nunca aprendí, pero empecé a ponerme atento. Cuando me iban curando de mi castigo, me fijé en las hierbas que usaban para sanar mis heridas y cómo se preparaba cada una. Empecé a mirar más la montaña y recordar en cuáles meses los de la selva bajaban en busca de alimentos y mujeres. La verdad es que uno se aprende fijándose en los detalles. El mundo te enseña todo si caminas con las orejas abiertas.”

Balata le miró a Ismael a los ojos antes de compartir su último comentario, deteniéndose por un instante para ver si Ismael había entendido. Tomando el silencio como señal que el joven había abandonado su interrogación entusiasta, siguió con su cuento.

“Caminando así, finalmente llegué a penetrar al monte a los diecisiete años. Ya me sentía hombre con cuchillo en mano y dos compañeros más jóvenes que yo. Ellos querían juntarse con una de las bandas de cimarrones que aterrorizaban a los blanquitos allí abajo, pero yo todavía esperaba encontrar a mi hermano perdido. No sabía cómo yo iba a reconocerlo porque nunca he visto padre y pocas veces he fijado mi propia cara. Solamente me metía más y más adentro. En esos días yo rezaba a los ancestros cuando nadie me escuchaba y, mientras andaba, les suplicaba que me reunieran con mi hermano.

“Con cada año que pasaba después de mi primera huida, mi mamá se ponía más y más enferma. Todo lo que yo había aprendido de las plantas no le servía para nada. Yo sabía que ver a mi hermano sería la única cura, pero nunca lo pude encontrar.

“Yo fui capturado por los fugitivos. Aprendí que las cosas no son tan diferentes entre los negros de la selva. Me quitaron el cuchillo y me convirtieron en el esclavo de un guerrero. El trabajo de la selva me hizo extrañar el sol de la costa. Desde el cañaveral no se puede ver la crueldad de la montaña porque estás viviendo como esclavo entre escalvos.

“No sé cuanto tiempo aguanté esa vida antes de cansarme. Entre los cimarrones, uno tiene que coger la cofianza con los puños. Solamente me devolvieron el cuchillo cuando derramé la sangre del guerrero a quien pertencí y no me dejaron soltarlo, pero un no gana la libertad con el cuchillo.

“Así encontré a esta cueva, cargado en un río de sangre. Y aquí finalmente encontré a mi hermano, encogiéndose de miedo en los rincones de nuestra cueva.”

Estudiando las sombras profundas de la cueva, Ismael le preguntó “¿Dónde está? Yo nunca lo he visto.”

“Pues, yo tampoco lo he visto, pero es él que te invito a la cueva. Nadie nos encuentra sin su llamada. Un día yo te lo mostraré.”

\*\*\*

Balata solamente asintió a introducirle cuando llegó con las manos cubiertas en sangre.

Ismael ya se acostumbró a recibir e interactuar con las imágenes que surgían de la oscuridad para después desvanecer. Consciente de las manos que restaban colocadas en su abdomen y la manera en que suavizaban su respiración, el espíritu de Ismael se puso más ligero con cada inhalación, siguiendo a su guía mudo. Manteniendo el ritmo con el hombre misterioso, Ismael no tenía tiempo para dejar volar sus pensamientos. Ni siquiera estaba pensando en la princesa y lo que había ocurrido entre las cañas.

La próxima imagen que llegó no fue como las otras. Fue mucho más vivida e Ismael sentía que no venía de la oscuridad sino de las manos poderosas asentadas en su cuerpo. Tenía la sensación de que las manos estaban excavando algo de la profundidad de su ser. Quizás una memoria. O un deseo.

Unas fuertes piernas emergieron del monte inesperadamente seguidas por otras más, ninguna tan notable como las primeras. Se acercaron silenciosamente a la ventana, de la cual salía un brillo débil, la única luz que se podía detectar bajo la luna nueva. el dueño de esas fibrosas piernas se detuvo por un momento en esa ventana. Parecía estar atrapado por la nostalgia, completamente inmóvil mientras los demás se movían en manada para rodear la estructura de dos pisos.

Ya preparados en sus posiciones, el susurro suave de los otros guerreros se calmó. Todos quedaron atentos a la figura parada en la ventana, pero ninguno de ellos se atrevía a mirar la sombra directamente. Ninguno se atrevía a preguntarse qué hacía en la luz de la ventana. Como Ismael, quien también esperaba bajo el velo de la noche, ellos miraban el suelo debajo de la sombra, admirando la manera en que esa estructura intrincada de ligamentos y músculos endurecidos crecía de la tierra. Se maravillaban de las líneas inesperadas acentuadas por el juego entre la luz y la oscuridad. Todos podían sentir el poder de su ser inmóvil e iluminado.

De repente, por primera vez en su peregrinaje, Ismael se encontró en la luz. Las piernas adoradas estaban plantadas en frente de dos cuerpos. Sangre manchaba el camión de la mujer, su cabeza, apoyada en la barandilla, mirando a Ismael con ojos apagados. El segundo cuerpo, también vestido en blanco, era el de un niño de tres o cuatro años. Al lado de su madre, quedaba boca abajo, macheteado sin pena ni gloria.

Testigo de la violencia, lo que Ismael notó no fue tanto la crueldad ni el charco de sangre que se expandía en el piso, siguiendo las líneas de las tarimas y amenazando ensuciar los pies descalzos del guerrero. Absorto por la figura de su guía, ni siquiera pensó en descifrar la escena horrible. Mirando la postura y elegancia poderosa de esas piernas fuertes, se dio cuenta que eran familiares y, ese momento, levantó la mirada para encontrarse frente a la cara del brujo. Perdido en la profundidad insondable de sus ojos, Ismael se dio cuenta que aquellos ojos le habían devuelto al cañaveral. Estaba de pie por encima de los cuerpos inmóviles y se sintió inundado por una sensación de orgullo, pero el orgullo no era suyo. Fue tan inesperada esa sensación que Ismael no pudo resistir la necesidad de abrir los ojos para encontrarse de nuevo en la cueva.

Las manos lo habían traicionado. “Fuiste tú.” Las palabras reflejaron la certidumbre inalterable de Ismael. Era el remordimiento que había nutrido la irrealidad del anciano, distorsionando sus memorias, animándolo a inventar fabulas y escapar en las mentes de peregrinos perdidos.

Todavía llevando su sonrisa inquietante, el brujo le respondió a la acusación sin emoción, “Todos estamos fuimos obligados hacer lo necesario para lograr la libertad.”

En ese momento, Ismael vio la cueva por primera vez. No era un refugio sino una prisión. Un silencio resonaba después de la acusación; después, el zumbido de los insectos se oía en la oscuridad. Dándose cuenta del guano que cubría las piedras y del olor fétido que dominaba la cueva humilde del brujo, Ismael entendió que él estaba castigándose a sí mismo. Los regalos que los peregrinos traían para él estaban amontonados detrás del hombre. Las pilas de artefactos parecían enmarcar su dolor. Ofrendas humildes de frutas recogidas durante la huida quedaban apiladas al lado de la mesa de tres patas impares cubiertas con una camisa bella meticulosamente cosida de diferentes pedazos de tela tintada de sangre de plantas silvestres. Al otro lado de la mesa, había unas botellas desordenadas de ron con hierbas hundidas en el liquido nublado.

Detrás de la mesa, una procesión abigarrada de artefactos se extendía interminablemente hacia la profundidad. No estaba claro si eran objetos recolectados durante años de visitas

desesperadas y esperanzadoras o restos de todas las vidas consumidas por la isla abrazando sus entrañas oscuras.

Cuando Ismael finalmente salió de la cueva, la princesa estaba esperando en la apertura. Ella sintió un gran alivio cuando sus ojos brillantes conectaron con los de Ismael, pero había algo raro escrito en su cara. Ismael examinó la cara de la princesa con una mirada sabia y una confianza inesperada. La mirada de sus ojos de miel escurrió por su cuerpo lentamente hasta llegar a su ombligo donde quedó por un ansioso instante antes de volver a la cara de la princesa y, agarrando su mano, juntos empezaron la bajada.

El Señor Soto era un hombre fino. Es decir, un negro fino. Había logrado conseguir un manejo mínimo de la letra gracias a su oficio de secretario durante la guerra de independencia en Norte América. Él era uno de los que vinieron al Caribe después de la derrota de las fuerzas inglesas. Por su fiabilidad y ingenio, había convencido a su amo llevarle para cuidar sus nuevas tierras. El gobernador en ese momento, ansioso por popularizar la isla con gente de buenas costumbres, entregó un grande pedazo de selva a pie de Mourne Diablotin y, mientras su amo regresaba a su patria, Soto quedó cumplir con su promesa.

Le costó cinco años tumbiar suficiente monte, construir su casa modesta de madera, organizar sembradíos de limón y avocado, y establecer un cañaveral de tamaño respetable. El trabajo suavizó cuando conoció al infame Quispe. A pesar de su forma inculto, el mayoral siempre trataba a su jefe como si fuera blanco y Soto apreciaba mucho del gesto. El señor nunca cuestionaba al Quispe mientras él iba adquiriendo más africanos y acomodándolos de su manera. Soto se mantuvo ocupado escribiendo cartas regulares a Bristol detallando el progreso.

Caminando por el barro donde estuvieron árboles tan altos como los mastiles de un buque de guerra y escribiendo a su querido señor inglés, nació en Soto el deseo de fuga. De irse a Martinica, lejos de Wai'tukubli y sus negros de malas costumbres. Nuestra isla estaba desprovista de el aspecto de delicadeza que correspondía a un propietario fino.

El abogado fiel dejó de incluir tanta detalle en sus cartas regulares. Empezó alquilando los negros de la propiedad los fines de semana y tomando tres cuartos de los que ganaban. Dejó de pasar por los campos de a pie de la montaña. Empezó a visitar los puertos de la costa para chismear con los comerciantes. Dejó de saludar a los colonos con cuchillo que pasaba en camino al pueblo portuario. Empezó a nutrir el sueño de dejar nuestra querida isla por siempre.

Así logró dejar la casa modesta de su amo para una casa grande en la ciudad de Sainte-Marie. Allí había encontrado una mujer con quien casar. Obvio que ella era negra, pero tenía padres libertos y era suficientemente inteligente para entender las cartas amorosas que él escribió para ganar su corazón y convencer sus padres dejarla casar un liberto desconocido.

Ellos no pensaban regresar a nuestra isla humilde, pero el destino es travieso. Mientras surgieron más plantaciones grandes en las islas caribeñas y más y más dueños dejaron las colonias para vivir en las ciudades de Europa disfrutando las ganancias ininterrumpidas llegando desde sus ingenios. Al ver esta migración, se puso envidioso y declaró que regresaría a Dominica para gestionar su operación y ganar el dinero para mudar a París.

\*\*\*

Señor Soto normalmente no supervisó el castigo de sus esclavos, pero, normalmente, Quispe no traía los condenados a la puerta principal de su casa.

El amo casi no reconocía su propiedad. Ismael no luchaba contra los grilletes mientras Quispe explicó que él mató dos negros y se huyó al monte con la africana nueva. Observando la cara del hombre engrilletado, Soto se dio cuenta de que, contrario a carácter, el mayoral mostraba más emoción que el preso. Ismael parecía ignorar los hombres que estaban decidiendo su destino y mirar más allá del hombre parado en el umbral de la puerta, interrogando la interior de la casa con un rostro impávido.

Él había reconocido la figura de la señora mirando su llegada desde el balcón. Ya no guardaba el odio que lo había motivado destruir el jardín hermoso, pero tampoco sintió ninguna pena por la mujer atormentada. Ahora, mirándola parada al pie de las escaleras registró el cansancio pesando sobre sus hombros y sabía que no había dormido desde su visita nocturna.

Quedándose atrás de su esposo, Doña Esmeralda no dijo una sola palabra. Sabía que él y Quispe igual sentían la misma fragilidad ante los ojos de miel. Esas pupilas hechiceras despertaron la rabia en el jurado congregado. En ellas, Señor Soto encontró la razón por la cual su esposa no quiso compartir la cama y Quispe reconoció el mismo espíritu luchador que no logró quebrar en la princesa. Todavía escondiéndose atrás de su esposo, la señora solamente pudo ver su reflexión.

Ismael era el único quien quedo satisfecho con la sentencia.



El cuerpo de Ismael cayó al suelo como un mango, su impacto fuerte absorbido por la los cadáveres pudridos de sus hermanos. Ese cuerpo rodó cierta distancia antes de parar, torcido e inerte, sobre una de las raíces del árbol gigante. Por un momento, había un silencio completo en la isla. En la ciudad sitante de Roussuae tanto como en la montañas peludas del norte, paró el zumbeo.

Ninguna fibra de carne negra moviendo en toda la isla.

Ningún deber cumplido.

Ningún cuchillo levantado.

Ninguna palabra.

Hasta las arañas y papagayos quedaron en silencio.

Lo única que continuaba era el ritmo de las olas. Suspendida en la calma, nuestra isla querida dejó las olas masajear los moretones. Juntos los habitantes de Wai'tukubli pasaron un momentico maravillándose de la isla que se había creado. Fue como si hubieran crecido raíces que les conectaban con una memoria larga de Wai,tukubli. La perla escarpada que había emergido del vientre turbulente del Caribe para ser suavizado por manos extranjeras, suaves y endurecidas igual.

Por un momento, se retiraron del trabajo imposible para reírse sin reír. Riéndose de la situación en la cual se encontraba. Burlándose de las caras de los engañados sin decir una sola palabra. En el silencio, se experimentaba la levedad inexplicable de existir sin el cargo de sus cuerpos.

Todavía se mantenía la piel dorada, pero estaba mezclada allí entre la carne negra de los otros frutos expuestos al clima cruel. Y la muchedumbre examinaba el tesoro con ojos expertos, haciendo las calculaciones necesarias para valorarlo. Decidiendo si un mero fruto era suficientemente digno para merecer una pelea. Cada quien con su propio razon para pelear. Todos peleando por un solo momento de gozo. Peleando para escapar de su atroz realidad.

El papagayo, tomando vuelo desde las ramas más altas del árbol abuela, rompió el silencio. El viento se resucitó para apoyar sus alas fuertes y llevar su canto a todos lados de la isla. Los ojos astutos vislumbraron el color morado, el rojo que interrumpía el plumaje verde de esa fugaz ave. Estirando sus cuellos para seguir el vuelo del pajaró majestuoso, ninguno se dio cuenta del momento en que el segundo papagayo había salido del árbol para acompañar a su padre, ninguno salvo la princesa.

Ella se quedó absorta, mirando la criatura que había sostenido toda su vida. Y en esa calma completa, ella le perdonó por cada fruta podrida que había recibido durante su vida insufrible. Con un respiro profundo, ella fue la primera en acercarse al héroe. Sosteniendo su cabeza en sus brazos, dejaba que los gritos salieran para ser guardados hasta el centro de nuestra formación volcánica. Gritaba mientras la multitud arrancaba al cadáver de sus manos para izarlo. Y ésa fue la última vez que miró la cara hermosa de su querido.

Por seis días, su nombre fue cantado en cada rincón de la isla. Se dice que cada mano negra de la isla tocó el cuerpo antes de ofrecerlo a las olas. Por seis días, no se pudo encontrar ninguna mueca pálida. Empezaron a quitar el polvo de sus decoraciones y hacer pactos con el diablo. Imaginando el caos que estaba ocurriendo fuera de sus puertas cerradas y dándose cuenta que, en Wai'tukubli, nada existe fuera de la selva. Se pusieron a rezar más fuerte, prometiéndole a su Padre Sagrado que dejarían de pecar si tuvieran otra oportunidad.

Pues, ninguno murió en esos seis días.

La mañana del séptimo día, las cocineras estaban otra vez en las cocinas. Los pescadores otra vez en sus barcos humildes. Los barcos otra vez albergados en el puerto. Las plantas descalzas que tocaban nuestra tierra por primera vez también sentían la muerte del guerrero obsidiana aunque no se daban cuenta. Cada uno llevaba un algo de él. Algun cuento suelto que Ismael soltado antes de despedirse. Algo que en dado momento surgió desde el vientre del mar. Los frutos de nuestra perla del Caribe.

La huida.  
Ay, cimarrón  
¿Lograste escapar  
La atrocidad  
Cotidiana?

¿Quién  
Te abrazó?  
¿Cuándo caíste  
Tropezando  
Por el monte?

¿Existe el cimarrón  
Solamente en la huida?

Fugitivo  
Ladrón  
Vago

Se tropieza  
Se corta  
Se caye

Cuando  
La muerte  
O el cazaesclavo  
Te recuperaron

Espero que no  
Hayas devuelto  
La que habías  
robado

Sueño con que te hayas quedado  
Con ella  
Escondido  
Por la montaña

Que un día  
Un río naciera  
Para desenterrar  
Tu trabajo

La perla del Caribe  
Nuestra libertad  
Heredada  
Sin título  
Ni maldito contrato.